

La Voz de Guipúzcoa

Miércoles 30 de Marzo de 1921

Diario Republicano

Año XXXVII.-San Sebastián.-Nº. 12.624

La catástrofe de Fuenterrabía

Por las familias de las víctimas

Al leer el domingo último los periódicos locales, el buen pueblo guipuzcoano se sintió hondamente conmovido ante la magnitud de la catástrofe del vapor pesquero «Bi Anayak», totalmente destruido en aguas de Fuenterrabía.

Los detalles del siniestro, de una fuerza trágica escalofriante, oprimieron el corazón de todos los lectores y arrancaron lágrimas á los ojos de muchos de ellos. Aquel barco, sostén de unas cuantas familias, destrozado, deshecho, pulverizado por la violencia de la explosión; aquellos, marineros, esforzados trabajadores del mar, héroes de todos los días y de todas las horas en lucha constante con las olas, mutilados, cubiertos de heridas, llenos de quemaduras, como los soldados gloriosos que saben morir en el combate; aquel tierno niño desaparecido en las aguas, sin dejar á susyos ni siquiera el consuelo de llorar sobre su cuerpo y de dejar unas flores sobre su sepultura; y esa pobre mujer, traspasada por el dolor, que ha perdido á casi toda su familia; y esos pobres hogares entulados, que han quedado sin pan y huérfanos del calor de los amores...

Todo este drama, tan intenso; el desfile de las aterradas figuras de la tragedia; los cuadros desolados del hogar deshecho, de la felicidad barbaramente truncada, son para nosotros, espectadores, como una torturante pesadilla que nos atormenta, despiadada, el espíritu y nos destroza el corazón.

Y como nuestro amor á esta bendita tierra de Guipúzcoa alcanza á toda la provincia y en cualesquier lugar de ella es sentido con la misma intensidad, el luto de Fuenterrabía es nuestro luto y el dolor de las viudas y los huérfanos los marineros del «Bi Anayak» es nuestro propio dolor.

Por ello acogemos con emoción la iniciativa de los ondabiterras de acudir en socorro de las familias de las víctimas de la catástrofe por medio de una suscripción pública, que el Ayuntamiento de Fuenterrabía ha encabezado con mil pesetas.

Y como nosotros acogerán el plausible propósito de socorrer á esas infortunadas familias todos los guipuzcoanos y cuantos amen á Guipúzcoa y sientan hacia los héroes del Cantábrico la simpatía y el amor que merecen por su abnegación y su valor.

A todos ellos—guipuzcoanos, amantes de Guipúzcoa y amigos de los esforzados trabajadores del mar—les pedimos para las familias de las víctimas de la catástrofe de Fuenterrabía una demostración de su generosidad.

Con su óbolo contribuirán á contrarrestar la miseria de los hogares que han quedado huérfanos de protección y á mitigar el dolor de los acongojados corazones de esas pobres mujeres y esos pobres niños que hoy lloran sin consuelo ante la tumba ó junto al lecho del ser querido.

Dr. R. Marticorena Enfermedades de los ojos

Consultas: de 10 a 1 y de 2 ½ a 4
Garibay, 13 bis, 3.^o

A cuantas personas nos escriban por correo rogamos que no dejan de consignar en el sobre:

APARTADO DE CORREOS NUMERO 44

= CHARLAS = PEPE ARTOLA

Pocas veces temamos la pluma con más amargura, ni con más entusiasmo. Amarilla, porque de sus puntos va á salir la revelación de una gran desventura, de una honda é intimidad tragedia; entusiasmo, porque creemos sinceramente, honradamente, que nuestra pluma va á tener la fuerza suficiente para levantar todos los corazones donostiarras en un inmenso impulso de piedad hacia uno de los suyos, caído, estrujado por los brazos de la desgracia.

Pepe Artola está en la miseria. Pepe Artola y los suyos, se mueren de hambre. ¿Comprendéis la magnitud de esta tragedia? Será necesario que encarezcamos la absoluta necesidad, de que los donostiarras, todos los donostiarras, extiendan su mano para auxiliarlos?

Pepe Artola es la encarnación de toda una época del San Sebastián que la ve rágine de estos tiempos de progreso ha hecho que pueda considerarse como el San Sebastián antiguo; es algo tan intimamente nuestro, que su desgracia la tenemos que sentir todos como propia.

Durante toda su ya larga vida, Pepe Artola ha estado siempre á la disposición de todo el mundo para mitigar una desgracia ó para contribuir con su esfuerzo personal á mantener viva la tradición de la alegría de su idolatrada Donostia; ha sido el alma popular que salía á plaza, siempre con aquella faraónica y placentera, cuando había que sostener nuestras tradiciones «koshkeras».

Pepe Artola, escritor, ha hecho cosas muy notables «burila burfando», y en aquel delicioso lenguaje bilingüe vasco-castellano, ha dejado no sólo muchas pruebas de su ingenio, sino muchos reflejos del sentir del alma del pueblo, en diálogos pintorescos, en cuya confección era maestro inimitable. Pepe Artola, «cómico», ha sido la encarnación de la gracia genuinamente donostiarras, un poeta socarrón, pero alegre, regocijadísima... Cuando las nuevas corrientes del teatro vasco en serio, no habían arraigado del Teatro Principal á la cascabeleña musa popular; cuando la sociedad «koshkeras», «Euskaldun-Fedea», organizaba las tradicionales funciones de Santo Tomás, Pepe Artola era su base fundamental; á divertirse, á reir á carcajadas con él iba un público sao, que le entendía perfectamente y que salía del teatro diciendo: ¡qué «egrasioso» es Pepe Artola!

Fué orfeonista, y con nuestras incomparables masas coral acudió á todos los torneos donde se conquistaron los triunfos que la han dado fama casi universal. Y había que ver entonces á Pepe Artola! Le recordamos en el viaje de regreso á San Sebastián, tocado la cabeza con una barretina y repitiendo á cada momento: ¡yo quiero ir á mi tierra á comer garbanchos!

En uno de los viajes del Orfeón á Madrid, entre los 400 agregados iba la familia completa, Pepe Artola cerró su modesta linternería y puso un papel erito. Cuando los vecinos se acercaron á leerlo, alarmados por lo que eso suele significar, se encontraron con un rótulo que decía: «Cerrado por función». Para él era aquel viaje una verdadera función donostiarra y á propósito de él y del rotulito, que se hizo famoso, le dedicó una bella crónica titulada «El maestro cantor», nuestro antiguo y querido director «Aemece», en el «A B C».

Músico, poeta, actor, con la alegría siempre desbordante, Pepe Artola ha sido además, un hombre trabajador, serio en sus negocios, honrado, amante de los suyos, sin vicios.

—¡Estoy casi ciego; ya no puedo ni florar! —decía Pepe Artola hace pocos días a un amigo nuestro, que es quien nos ha contado esta tragedia.

Tiene un ojo de cristal —nos decía— y con el otro apenas si vé ya nada: es la ceguera casi completa. Poco á poco ha tenido que abandonar su trabajo de linternero; después de 26 años que ha pertenecido á la Banda Municipal ha tenido que dejar el contrabajo sin que le alcancen derechos pasivos; ha consumido sus pocos ahorros —es la miseria que avanza!— pero Pepe Artola, triste, resignado, pero digno, no tiene su mano para solicitar nada. Quien tan generosamente se prestó siempre para auxiliar á los demás, no sabe pedir nada para sí.

—Pero esto no puede ser! —objetamos nosotros—. San Sebastián no puede dejar que se muera de hambre Pepe Artola: es algo muy suyo para que así lo abandone.

—Es que no se sabe apenas su verdadera situación —nos respondió nuestro amigo.

—Pues se sabrá —le dijimos— y se aliviará.

Hace falta que alguien tome la iniciativa y... hace falta que sea pronto. Aquí estamos nosotros para ayudar con todas nuestras fuerzas.

“La Voz” en Madrid

Tópicos de Semana Santa

Periodista: saca los tópicos del cajón y dales otra vuelta á las acostumbradas frases hechas, a las inevitables ideas de lancha. Ha llegado Semana Santa; busca en el capítulo del casticismo y del españolismo los coruscantes lugares comunes acerca de la mantilla y las resobadas diáframas contra el sombrero; adoba, de nuevo, unas brillantes muletillas sobre los encajes de Almagro; evoca a don Francisco de Goya y haz revivir á las duquesas-magazas... Luego, firma y da el artificio á las linotipias. Con ello habrás cumplido tus deberes de cronista de la actualidad. De la actualidad de almanaque y de «cliché»... Otros vendrán tras de tí que aprovecharán las flores de trapo que tú desdiseñas...

Señorita: un momento. ¿Qué! enemigo malo, que rival desbandada, que prefiere rechazado le ha aconsejado á usted que coloque sobre sus rizos blancos la asendereada española?

Usted es bella, señorita, pero la mantilla no le va ni en Viernes Santo ni en Pascua de Resurrección. Ni arrodillada ante el crucificado, ni acodada sobre la barrera del sombra, recuerda usted á aquella diabólica y eufémica duquesa Cayetana.

Con esos ojos agrandados por el Kohl; con esas patillas rubias sobre el cutis níveo; con ese descote atrevidísimo, parece usted una «divette» del antiguo «Moulin» vestida de manola para trabajar en una «estación de manola» de cualquier currinche boulardier...

Con sombrero; con un sombrero absurdo—á la piel roja ó á la picador—está completa su silueta ultramoderna de «demi-vierge» o de niña «bien». Con mantilla, no...

La mantilla es una cosa muy seria. Es una prenda delicadísima; una prenda para uso exclusivo de una chispera del Aviápiés ó de una andaluza de Triana. A usted, educada en el «Sacré-coeur» o en las Ursulinas; á usted, diestra jugadora de «tennis» y maravillosa intérprete del trote del zorro y del tango argentino; á usted la mantilla le sienta como un par de pistolas á un Cristo...

Un Gobierno amante de la estética reglamentaría el uso de la mantilla. Sería preciso para llevarla, tener licencia, como para gastar Browning. Un Tribunal de conocido gusto—del que, claro está, no formaría parte ningún gobernador civil ni ningún canónigo—examinaría rostros y actitudes, gestos y sonrisas. Aprobaría ó rechazaría, con fallo inapelable. Y dictaría un decreto prohibiendo el uso de la mantilla á las matronas adiposas y á las tobilleras enclenquées, y á las damas de reconocido mal gusto, por bellas, por espléndidas, por demoníacamente hermosas que fuesen...

Y—también—impediría que las españolas extranjeras—anglomanas ó francófilas—desdibujasen, con la mantilla, su tipo deliciosamente equivocado y conturbador.

En cuyo caso, usted, señorita habría de salir á la calle el día de Jueves Santo con ese sombrero de «divette», que tan bien subraya su picardía...

Periodista: Tú no sirves para redactar crónicas coloristas ni para hilvanar madrigales perversos. Tu pluma, empleada y maculada por el diario comunista con la gacetilla deleznable y prosaica es demasiado árida, demasiado esquinal, demasiado ruda... Isaac ABETXAL

Los celos y el vitriolo

(POR TELEFONO)

Bilbao, 29, 11 n.

Juana Lladosa sospechaba que su marido sostenía relaciones amorosas con una hija de Gertrudis Madariaga.

Y también sospechaba que la madre daba su asentimiento á tales ilícitos amores.

Consideró más culpable á la madre que á la hija, se proveyó de vitriolo y fué en busca de Gertrudis.

Sin palabras de amenaza, tranquilamente, arrojó el líquido al rostro de dicha madre considerada «complaciente», produciéndole extensas quemaduras. Juana Lladosa ha ingresado en la cárcel. Tiene en las manos lesiones leves que le produjo el vitriolo.